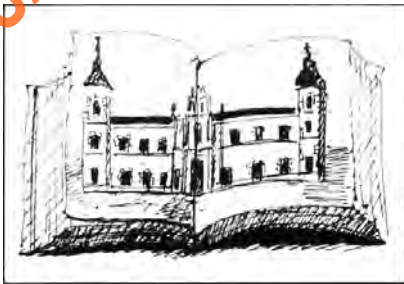


Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO



COLECCIÓN LA VALIJA DIPLOMÁTICA

**Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO**

Piero De Masi

# SANTIAGO

1 de febrero de 1973 - 27 de enero de 1974



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— LA VALIJA DIPLOMÁTICA, n°48—

MADRID • MMXVII

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © PIERO DE MASI

De la edición © Cuadernos del Laberinto  
[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

De la traducción © CARLOS SÁNCHEZ DE BOADO Y DE LA VÁLGOMA  
De la introducción © CARLOS SÁNCHEZ DE BOADO Y DE LA VÁLGOMA

Dirección de la colección: PALOMA SERRA ROBLES, JUAN MOREDA OTERO Y SERGIO COLINA MARTÍN

Colección fundada por ALONSO ÁLVAREZ DE TOLEDO Y MERRY DEL VAL

Diseño de la colección: Absurda Fábula  
[www.absurdafabula.com](http://www.absurdafabula.com)

Primera edición: Junio 2017  
I.S.B.N: 978-84-947160-8-9  
Depósito legal: M-  
Impreso en España.



[www.cuadernosdelaberinto.com](http://www.cuadernosdelaberinto.com)

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

*Chile, Chile mío,  
¡cuánto te quise!*

(Canción popular)

*El Encargado de Negocios.  
¡Y qué negocios!*

(Emisora de radio chilena)

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

**Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO**

## INTRODUCCIÓN

Conocí a Piero De Masi hace más de 26 años, cuando compartimos la extraordinaria experiencia de presenciar el alumbramiento de una nueva nación, Namibia, y sus primeros pasos dentro del concierto internacional. Ello nos llevó a admirar a unos líderes, primero encuadrados en un movimiento de liberación, posteriormente convertidos en dirigentes de un país con sistema democrático ejemplar, como es también ejemplar el perdón, el *olvido* —como sólo saben hacer ciertos países del África negra—, de los abusos y sufrimientos infligidos a la población namibia por parte del régimen de *apartheid* sudafricano, a la sazón administrador de la entonces denominada SWA (África del Sudoeste), más tarde Namibia.

Pudimos habernos encontrado también en nuestros respectivos consulados generales en Boston, pero mi tiempo se agotó en aquel puesto y cada uno siguió su camino. Nunca perdimos el contacto gracias, en gran parte, a las excelentes relaciones entre nuestras respectivas cónyuges. Y todo siguió así hasta que un día, en su casa próxima a San Terenziano, en Umbria, me mostró la edición de *Santiago 1 febbraio 1973 - 27 gennaio 1974*, que le había publicado Bonanno Editore, de Roma. Allí, sin pensarlo mucho, me convertí en el modesto traductor que, con esfuerzo y dedicación, quiso tratar de reflejar, en español,

la visión presentada en su lengua por el autor, de una experiencia inolvidable e irrepetible para sus actores. Y con el paso del tiempo, nuestra amistad continúa y se consolida.

\* \* \*

Sería relativamente fácil hacer un análisis histórico-político, más o menos acertado, de lo que ocurrió en Chile desde el año 1970, fecha de la toma de poder por parte del socialista Salvador Allende, hasta el 11 de septiembre de 1973, fecha en la que las fuerzas ultraconservadoras del Chile de aquella etapa histórica, aparentemente con el beneplácito de la «Gran Potencia», dieron el golpe de estado contra el Presidente electo. Pero sería difícil que ese análisis fuera innovador ya que los millones de páginas publicados dejan poco espacio para la originalidad. Incrementaríamos la infinidad de escritos a favor o en contra de dos ideologías opuestas, vigentes en aquella etapa de la Historia y de dos personajes situados, por las circunstancias, frente a frente. La enorme presión de los conservadores y la falta de soluciones a los problemas económicos y sociales en un breve espacio de tiempo, condicionaban la subsistencia del régimen de Salvador Allende. Y de ahí la antidemocrática solución a una situación a la que se había llegado a través de las urnas. Por ello es difícil hacer un análisis absolutamente objetivo, con desapasionamiento, de aquellos hechos aunque hayan pasado cuarenta y tres años. Una guerra civil, las represiones sangrientas y las venganzas, lo hacen casi imposible. Sobre esta realidad, vivida en primera persona, Piero De Masi describe cómo era el entorno



nacional e internacional que rodeaba a Allende, «el combativo médico socialista(...) dedicado toda su vida a perseguir el sueño de la justicia social», cuando cuenta que todo estaba en contra de Allende: «los países de América Latina se caracterizaban por sus oligarquías, las míticas veinte familias, que se repartían el poder político y sobre todo económico, con la bendición de los Estados Unidos,(...) interesados en conjurar cualquier posible tentación de acercamiento al comunismo». El mismo Presidente al que, pocos días antes del golpe, en una visita al Ministerio de Asuntos Exteriores, descubre el autor en los jardines interiores del edificio, dando instrucciones a un jardinero...

Tal era el miedo real en esa etapa de la historia, no sólo en América Latina sino también en Europa y en otros lugares del mundo. Nuestro planeta estaba dividido entre capitalismo y comunismo. Entre partidarios de la libertad y los que la denegaban. Entre los Estados Unidos y la Unión Soviética. Para muchos, era la lucha entre la libertad y la opresión y las cadenas...Y había un sentimiento muy amplio de temor, compartido por millones de ciudadanos conservadores de muchos países, que no querían ver desaparecer sus privilegios, los bienes conseguidos con esfuerzos ímprobos, en manos de descamisados, oprimidos y desesperados, sin percatarse de que las revoluciones hay que hacerlas por propia iniciativa antes de que el bando contrario las lleve a cabo.

Pero, aun interesándome enormemente la situación política del Chile de Allende y Pinochet, tal vez por las similitudes con la española de esa misma etapa— tras una cruel guerra civil de la que surgió un vencedor que se afianzó en el poder durante

cuarenta años, y millones de *vencidos*, que arrastrarían sus consecuencias hasta la etapa actual, cuyos efectos seguimos deglutiendo machaconamente como rumiantes, sin llegarlos a digerir—, creo que hay que fijarse más en uno de los protagonistas del relato de Piero De Masi. El verdadero protagonista. Él mismo, en unas circunstancias extrañas, difíciles y peligrosas. El «Yo soy yo y mi circunstancia» de Ortega es muy adecuado para esta situación. *Santiago. 1 de febrero de 1973- 27 de enero de 1974* es un relato en primera persona. Experiencias y vivencias de un joven e inexperto diplomático italiano en esos acontecimientos, solo ante una situación extrema, que él mismo resuelve con criterios de lógica, compasión y justicia. Un hombre joven, casado, con dos hijos muy pequeños, que debe aplicar unos conocimientos intuitivos que no se explican en los libros de texto pero que exigen una calidad humana y unas cualidades profesionales extraordinarias. De nada le sirve lo que ha visto en otros puestos ni en los libros que ha leído; ante la ausencia de su embajador, hombre ya maduro y de experiencia, él actúa con sentido común y con prudencia, apoyándose solamente en un joven secretario —Roberto Toscano— con el que comparte ciertas preocupaciones, aficiones y una inclinación de tendencia progresista. Pero, a lo largo de este período, encontrará torpes obstáculos colocados por una *Farnesina*, sede del Ministerio de Exteriores, dirigida por fuerzas conservadoras, poco ágiles, timoratas e incapaces de darse cuenta de lo que estaba ocurriendo y de quién estaba al frente de su representación diplomática. Una *Farnesina* en donde los progresistas no eran bien vistos, no hacían carrera y a quienes, además, se les ponían trabas.

¿Qué tiene este libro que no tienen otros que giran en torno al mismo tema?

La sencillez en el relato, la frescura, la sensación de que estamos acompañando a Piero De Masi en sus paseos, en sus reflexiones, en sus dudas, en sus conflictos consigo mismo y con sus propios conciudadanos residentes en Chile, que no pueden entender cuál es la misión de un diplomático en esas circunstancias y que no entienden la responsabilidad de una Embajada, una Embajada de todos, sin distinción de ideologías. Una Embajada que actúa en un sentido cuando se produce el golpe, pero que hubiera actuado del mismo modo si los golpistas hubieran sido los del otro bando. La crueldad, la opresión no es de derechas ni de izquierdas. Se produce y la víctima es el ciudadano, sea del bando que sea.

Hay aspectos muy humanos que revelan la personalidad del autor: ese joven, inexperto y soñador diplomático que se siente subyugado por el elemento femenino. Desde la profesional chilena, —*una señora encantadora que se apretaba contra mí y me ponía nervioso*— que le descubre la existencia de un remoto país al que más adelante accederá, que le frena en sus ímpetus de joven don Juan, y que hace que De Masi vuelva «al caballero que pretendía ser», hasta las bellezas sugerentes de varias italianas y chilenas que cruzan por su camino en plena crisis de refugiados en su Embajada. Humana también su decisión —tras rechazar la petición de asilo de una familia uruguaya que se lo solicitaba— de que aquello no volvería a ocurrir. Y, a pesar de que *la Embajada se ocupaba solo de los italianos*, llegó un momento en que la mayoría de los asilados eran chilenos que huían de la persecución de sus propias autoridades.

Siempre apoyándose en Roberto Toscano, secretario de segunda, encargado de los asuntos comerciales, su soporte y consejero durante la crisis, juntos se adelantan a las instrucciones de Roma y organizan, a riesgo de ser sancionados y utilizando fondos propios, una generosa adquisición de alimentos y colchones para acoger a los refugiados. En situaciones similares, hay que olvidar el reglamento y actuar de acuerdo con la intuición y el buen criterio con vistas a resolver las necesidades más urgentes. Y todo ello sin esperar la felicitación o la palmadita en la espalda. Arriesgando, frente a la *superioridad* del momento, el futuro profesional.

Es un relato ágil y a veces divertido: su espíritu donjuanesco y de bonhomía le mueve también a llevar a tres jóvenes desconocidas a un barrio apartado del centro de Santiago, a riesgo de tener problemas para su regreso a casa, apremiado por el toque de queda; el paso por el *mercado negro* para poder disponer de alimentos para los suyos es una experiencia extraña pero usual en ciertas circunstancias, su desconocimiento del español le lleva a creer que un joven chileno le quiere «cortar el pa(s)to». Y se ríe de su propia candidez cuando, por instrucciones de las autoridades locales, le llenan el depósito de gasoil y, a los veinte minutos de producirse aquel servicio, que ha pagado, se da cuenta de que le han timado y que el depósito está vacío...

Un puesto, el de Santiago, que le hace madurar como diplomático y como persona aunque su paso por aquel lugar, en aquel momento, le somete a tales tensiones que deja en el empeño las alegrías que pudiera haber obtenido en otro lugar. Pero en la propia aceptación de su nuevo destino, demuestra el deseo de

no apoltronarse en los puestos de la llamada «línea Revlon»: países occidentales, democráticos, capitalistas, sin dificultades ni enfermedades, con todo al alcance de la mano; prefiere ir a lugares que pueden presentar un cierto reto profesional y humano: África del Sur, Chile, Berlín, Namibia...

Su agudeza para la solución de los problemas, como *la Nota Verbal de De Masi*, para resolver su actuación como Notario con la frase: «de paso en esta Embajada en calidad de asilado»; su soledad ante una situación como la vivida, con escaso respaldo de la Superioridad, su sufrimiento físico y psíquico, su entereza para seguir y enfrentarse, a su regreso a Roma, con un futuro poco alentador... Todo ello es el relato de una realidad muy íntima.

Hay que admirar la naturalidad de esta narración que nos permite acompañarle durante sus actuaciones al frente de la Embajada, en aquellos duros y tensos meses desde que se produce el golpe hasta que, finalmente, *lo sacan* de su puesto en Santiago. Pero de sus palabras se trasluce una cierta angustia porque su salida, esperada cierto es tras los meses de tensiones, no presagia honores, reconocimientos ni distinciones. Como si en Roma quisieran culparle de lo ocurrido o como si su actuación hubiese puesto al descubierto las debilidades de la Farnesina y de la política y los políticos italianos.

Hay que destacar en esta colección de *La Valija Diplomática*, con relatos básicamente de diplomáticos españoles, una referencia del autor italiano, con signo de admiración, a la actuación del Embajador español Enrique Pérez Hernández quien, representando a quien representaba —no debemos olvidar que estamos en la España franquista—, utilizó sus contactos, experiencia y

*savoir faire* en solidaridad con un compatriota, Joan Garcés, buscado por las autoridades chilenas por ser uno de los consejeros políticos de Allende; logra sacarlo del país con una intervención suya directa ante Pinochet y en contra de la voluntad del Almirante y Ministro de Exteriores, Huerta.

Es, en fin, un libro que servirá de inspiración y ejemplo a los más jóvenes y de recuerdo y añoranza a los mayores que hemos atravesado también por casos difíciles a lo largo de nuestra carrera y en los que, en algún momento, nos podemos haber sentido *Piero De Masi*. También, sin embargo, es ameno, ilustrativo e interesante para el lector ajeno al Servicio Exterior, que podrá percatarse de cómo se desarrolla la vida de los diplomáticos de cualquier país. Sin los fastos y comodidades de los que se acusa a unos servidores del Estado que viven lejos de su patria, sufriendo penalidades en gran parte de los casos y fraguando voluntariamente la pérdida de raíces en los suyos.

En Majadahonda, Madrid, a 8 de noviembre de 2016  
Carlos Sánchez de Boado y de la Válgoma  
Embajador de España

## PRÓLOGO

Leopoldo Formichella me miraba con el aire socarrón, típico de quien tiene que darte alguna cosa y piensa: «Puedes pedirme lo que quieras que al final te daré lo que a mí me parezca». Así eran todos los Jefes del II Departamento de la Dirección General de Personal. Si tuvieran que darle a cada uno lo que deseaba, el movimiento de Personal se atascaría y el Ministerio quedaría paralizado.

Me venía a la mente, en aquel momento, que Formichella era el mismo a quien, un par de años antes, el entonces Director General, Pierluigi Alverà, había llamado cuando yo fui a ver a este último para pedirle el siguiente destino después de Estrasburgo. «¡Ven, ven, Leopoldo!», había gritado Alverà, «aquí hay uno que es un amigo y no viene a pedirme París o Londres y se contenta con un pequeño consulado como Durban o Ciudad del Cabo»

Las cosas habían cambiado ahora. Alverà ya no era Director General y en su lugar estaba Alessandro Farace, al que yo no conocía y el cual tampoco me conocía. Y yo estaba ahí para conseguir un nuevo destino tras cumplir los dos años en el Consulado de Durban. Dos años a los que no quería añadir ni un día más en vista del desasosiego en el que me debatía en aquella África del Sur del *apartheid*, por la que sentía una aversión

visceral, una intolerancia sin límite. No me gustaba la gente a mí alrededor, mezquina, racista e ignorante. Y no me gustaba la naturaleza, que en África es hostil y, en aquella parte de África del Sur, todavía más hostil, desde las serpientes en la tierra, a la bilharzia en los ríos y a los tiburones en el mar, sin contar las amebas, la malaria, la solitaria y una extraña enfermedad que golpeaba a los africanos en sus partes y los reducía a esqueletos listos para la muerte: la llamaban tuberculosis y se hablaba de vez en cuando como un hecho curioso pero local. Era el SIDA, del que a principios de los setenta no se sabía nada pero que ya entonces mataba a centenares de personas.

Había llegado a Italia a principios de julio para disfrutar de las primeras vacaciones desde mi toma de posesión en Durban, un año y medio antes. Había enviado por delante a Marylka y a Alessandro, a primeros de mayo, y me había reunido con ellos para ir a pasar un mes a Cavadliga, en Sicilia, en una casita alquilada no lejos de la casa de Vittoria y Guccione. Después en Strela, en Parma, en la zona de Borgotaro, donde la madre de Marylka tenía la casa de campo de sus antepasados. Después, en Estrasburgo por un corto tiempo. Era el año de las Olimpiadas de Múnich, donde tuvo lugar la matanza de los atletas israelíes. El mundo parecía recorrido por estremecimientos de locura, desde el secuestro de aviones al rapto de Embajadores; la guerra de Vietnam que no terminaba nunca y ahora esta espectacular matanza en directo en la televisión.

Mientras tanto Marylka me había dicho que estaba embarazada y que su gravidez sería complicada a causa del peligro de